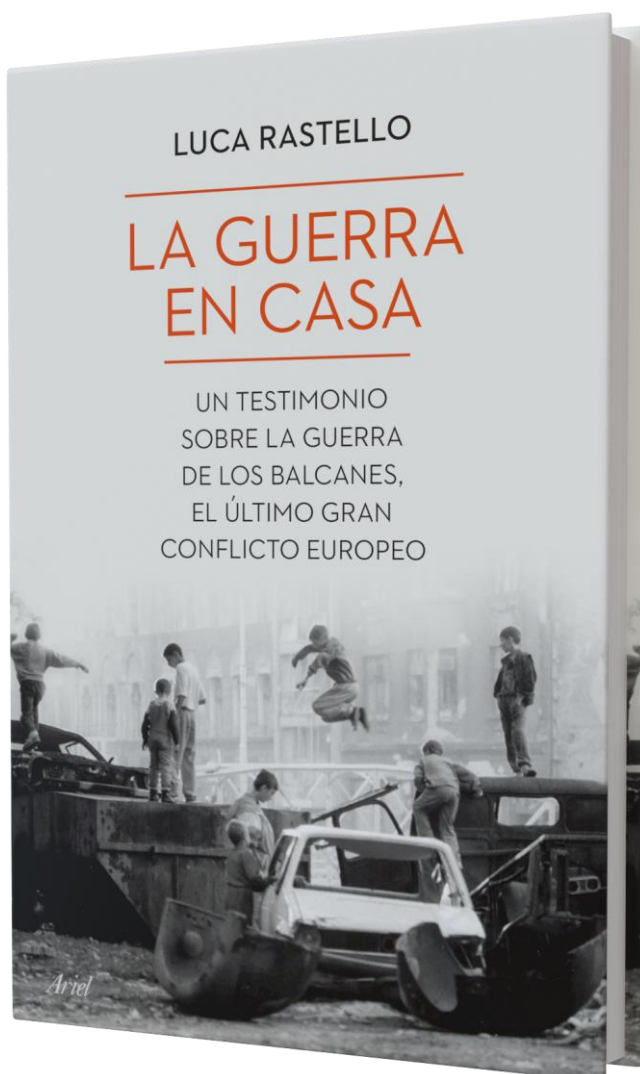


Ariel



LUCA RASTELLO

LA GUERRA EN CASA

**Un testimonio sobre la
guerra de los Balcanes,
el último gran conflicto
europeo**

A LA VENTA EL 2 DE FEBRERO

***Material embargado hasta su publicación**

**«A quien no haya leído este libro le faltará una
parte fundamental de la literatura de nuestros días.
Una pequeña obra maestra del humanismo.»**

ROBERTO SAVIANO

Para ampliar información, contactar con:
ITZIAR PRIETO (Responsable de Comunicación Área Ensayo)
659 454 180/ iprieto@planeta.es

SINOPSIS

***La guerra en casa* no nos habla únicamente de la guerra de los Balcanes, sino de su relación con nosotros**, tan próximos y, al mismo tiempo, lejanos. Y lo hace con una escritura en la que el espíritu del escritor y del periodista se integran de manera perfecta.

Este es un libro de Historia y de historias. La del francotirador, verdugo por excelencia, y sus intentos por empezar una nueva vida fuera de Yugoslavia. La pesadilla de Izmet, detenido por la policía estatal un día cualquiera y machacado a golpes solo por ser musulmán. El relato de Sead y Esad, hermanos enfrentados, y de lo que vieron en los campos de exterminio. La sórdida epopeya de los generales y soldados de las Naciones Unidas, y el fracaso de la ideología humanitaria. Pero también la acogida en Turín de centenares de prófugos y la apasionada implicación de muchas personas corrientes. **Una obra que nos ofrece una visión humanística de la guerra.**

EL AUTOR



LUCA RASTELLO (Turín, 1961-2015) viajó y trabajó en los Balcanes, el Cáucaso, Asia central, África y Sudamérica. Colaboró con el Gruppo Abele y fue director de *Narcomafie*, *L'Indice* y Osservatorio Balcani e Caucaso Transeuropa. Entre sus libros, traducidos a varios idiomas, destaca *Yo soy el mercado: teoría, métodos y estilo de vida del perfecto narcotraficante*.

EXTRACTOS DE LA OBRA

«A pesar de los años transcurridos, sigues encontrándote con gente que te pregunta qué te lleva a interesarte por esa gente y esa guerra, y tú eres incapaz de encontrar una respuesta convincente: “Si es que están muy cerca, a siete u ocho horas de viaje desde aquí...”. El interlocutor calla, perplejo, y confías —sintiendo unas inmensas ganas de largarte— en que no te salga con la habitual frase embarazosa que siempre suena más o menos así: “Sois dignos de admiración”. *Admirar*, en su sentido literal, significa “mirar con asombro”. Y el asombro suele reservarse para lo que se aleja de lo familiar, de lo cotidiano. Cual monstruo capaz de despertar asombro, te sientes incómodo.

Vivir con refugiados no es algo espontáneo ni natural, ni tampoco se las apañan mejor ciertas personas excéntricas. El mío es un malestar que se repite, de diferentes maneras, en todos los que han vivido durante estos cinco años las mismas experiencias: se han sentido aplastados a menudo por el cansancio, han experimentado el impulso irresistible de huir, han creado espacios de silencio y de clausura. **A menudo no tirar la toalla es una mera cuestión de vulgar orgullo o de cabezonería; o incluso solo una consecuencia de los lazos establecidos con las personas**, vínculos que, pese a haberse vuelto retorcidos, conflictivos y difíciles, nunca llegan a cortarse de verdad. Muchos han renunciado a explicarse, ante su propia dificultad para comprender muchas cosas. No han faltado interpretaciones apresuradas, frases a medias desarmadas y desarmadoras, bromas envenenadas: “Hay quien se realiza acogiendo a los refugiados...”. Eso de la gratificación compensatoria es una vieja cantinela: te sientes buena persona gracias a tus “buenas acciones” y esa explicación debería ser suficiente para todos. Con el tiempo, muchos aprenden a no contar nada, a no comunicar hechos, impresiones, episodios.

Todo empieza con una llamada telefónica: alguien que te obliga a ver y te sugiere que tienes la llave para hacer algo. La llave, literalmente: la llave de una casa. Empiezas con respuestas al estilo de “Sí, de acuerdo... pero ya sabes cómo es nuestra casa... no hay puertas que separen las habitaciones, es pequeña... Y además querríamos tener un hijo el año que viene... Te contesto lo antes que pueda, adiós”. Hay un invierno muy duro a la vuelta de la esquina, en la antigua Yugoslavia, hay una solicitud específica de ayuda —una alternativa seca: vida o muerte, nada menos, por más que no quieras mirar—, y algunos se están organizando para acoger a algunas familias de refugiados en sus hogares hasta la primavera. ¡Pero si es el Estado el que debería actuar! ¡Es un error imperdonable suplir las instituciones legitimando su desinterés! Es un problema colectivo, ¡no querrás que cambie el mundo yo solo! En parte para justificarte le dices a quien comparte la cama contigo: “Aquí no, no podemos; pero en la casa de las montañas, tal vez...”. A Monica no le hizo gracia, lo sé. Pero tenía sueño, dijo “ya veremos” ella también y nos quedamos dormidos.

Este es un libro de historias, no de Historia. Estas páginas no pretenden dar una interpretación de conjunto de la guerra yugoslava, por más que no esquiven la ambición de alimentar a su manera la tarea de reconstrucción de los hechos que ensangrentaron la otra costa del Adriático entre 1990 y 1995, enlazando también datos y testimonios sobre algunos aspectos oscuros de esa tragedia. Por lo demás, son todas ellas historias con una vertiente italiana. Tienen un origen común en la experiencia del Comité de Acogida de Refugiados de la Antigua Yugoslavia de Turín, fundado en el invierno de 1992 por Gianni Sgambelluri y por Silvia y Eugenio Chiotti y posteriormente coordinado por Eugenio Delfino (de las actividades del comité se ocupa el capítulo 3). **No se habla pues de la guerra, sino de esa guerra y nosotros, del encuentro, casi siempre fallido, entre quienes están involucrados y quienes observan**, de miradas lanzadas desde esta orilla hacia la otra. Casi siempre con las mejores intenciones. La pareja a partir de la cual se articula la historia es la pareja “aquí-allá”, con una atención privilegiada al “aquí”.

Si alguna historia se cuenta en estas páginas, es la de la corrupción de una mirada, la mía, destinada a perder paulatinamente su inocencia originaria a medida que avanzaba mi implicación —casual e involuntaria— en actividades “humanitarias” en la antigua Yugoslavia. Corrupción saludable, dado que, con la constatación de los fracasos, de los derrumbamientos sentimentales y nerviosos que provoca la acción solidaria junto con sus resultados positivos, se pierde un poco de esa actitud didáctica y colonial que caracteriza a buena parte de ese continente escurridizo y ambiguo que se revuelve y se compromete bajo las banderas de la paz. Muy a menudo, el impulso humanitario, desvinculado del esfuerzo del análisis político y de la carcoma de la autocrítica, acaba por traducirse, sobre una base de nominalismo puro, en una auténtica ideología capaz de ofrecer una visión de los acontecimientos estructurada a priori, casi siempre en un círculo vicioso, sobre la idea corriente y vulgar de que esa guerra era una incomprensible maraña de violencia tribal, acaso depositada *ab aeterno* en los cromosomas eslavos.

La ideología humanitaria ha brindado a menudo un respaldo a la confusión entre verdugos y víctimas. Sin restar valor alguno al coraje de tantos y a los miles de vidas salvadas por las caravanas blancas, tal vez resultara honesto y útil abrir un futuro análisis acerca de la intervención humanitaria en Yugoslavia con la categoría del fracaso. Ninguna de las iniciativas de paz tuvo, en efecto, consecuencia alguna en el curso del conflicto y, más allá de la fantasía, ninguna iniciativa reunió el suficiente coraje para interponerse entre las facciones en armas. A la luz de este fracaso político (no caritativo), quizá sea posible recuperar el valor de las ideas de los que se comprometieron, arriesgaron y perdieron en ocasiones sus vidas socorriendo a las poblaciones arrolladas por la guerra. La acción humanitaria adquiere, en mi opinión, tanto más valor cuanto más se desprende de la ideología humanitaria, de ese imaginario alimentado de caridad y sucedáneos que no reconoce la dignidad y la responsabilidad de las víctimas. A veces, una mirada inocente está dispuesta a cometer algún delito para preservarse.

Hablar de miradas es una operación con un claro riesgo de caer en la arrogancia. La estructura de este libro obedece a un intento por rehuir ese riesgo. Cada capítulo se presenta dividido en dos partes: una historia, narrada en clave subjetiva y vinculada a un personaje, y un “escenario”, en el que se acumulan datos y consideraciones sobre el contexto de la historia, con la esperanza de proporcionar cierta idea de los muchos otros puntos de vista desde los que podrían haberse observado esas mismas vicisitudes.

Las historias de este libro no se presentan en orden cronológico y abarcan hechos que en parte se superponen. Por ejemplo, la caída de Srebrenica (de la que se habla en el capítulo 7) precede a la frágil «paz» de Sanski Most (capítulo 6) y la muerte de Moreno Locatelli (capítulo 4) es posterior a la de Guido Puletti y sus compañeros (capítulo 5). El orden de los capítulos responde al enfoque progresivo de las historias en mi reflexión sobre las relaciones de solidaridad. A través de diferentes tiempos y lugares, estas páginas ponen en conexión de esta forma a personas que actuaron y pensaron sin encontrarse jamás, confiando en una dirección común.»

EPÍLOGO. UN SALTADOR DE MUROS, por Mauro Ravarino

«Un trozo de chocolate que disfrutar a solas mientras todo a su alrededor se derrumbaba. No era un acto de egoísmo. Todo lo contrario. Así describe Luca Rastello a sus hijas, apodadas “las pulgas”, en su testamento en forma de carta, la figura de Moreno Locatelli, el pacifista italiano asesinado en el puente de Vrbanja en 1993 durante una manifestación contra el conflicto en los Balcanes: “Una de las personas que más he querido y admirado, aunque no lo conociera en persona (pero he reconstruido cuidadosamente sus huellas) [...]. Poco antes de su muerte, en Sarajevo, durante la guerra, sus compañeros le reprocharon que, en lugar de sacrificarlo todo por la causa de los civiles arrollados por la guerra, se guardara un poco de chocolate para sí y se lo comiera. Él decía que esa pequeña caricia hacia sí mismo le hacía falta para tener algo más para dar a los otros. Y dio más que nadie a su alrededor”.

El que el lector acaba de terminar **es uno de los textos más importantes sobre las guerras yugoslavas, esencial para comprender lo que ocurrió [...]** a pocos kilómetros de distancia de la frontera italiana, unos pasos más allá de Trieste. **El caos balcánico, representado como una bárbara tierra ajena, nos decía mucho más de lo que contaban los medios de comunicación.** A pesar de que en su preámbulo Rastello especifique que es “un libro de historias, no de Historia”, **La guerra en casa se distinguió —desde su aparición en 1998— por su lectura profunda y oblicua de un reciente pasado todavía incandescente, por su forma híbrida y por las vivencias de las que nació.** A medio camino entre el relato y el ensayo, entre la narrativa y la historia, sin que entre un registro y otro se pierda el sentido de continuidad. Un estilo meditado. “Ya sé, ya he descubierto cómo configurarlo”, dijo una vez Luca a su amigo Giorgio Morbello, mientras entraba en la redacción de la revista *Narcomafie*. Esta mezcla sin precedentes, y para algunos tal vez arriesgada, era la fórmula que Rastello había encontrado para organizar un río de palabras, testimonios, hechos, fechas, números y reflexiones.

Para él, **el conflicto de los Balcanes había sido una historia totalizadora que vivió en primera persona.** Desde que leyó, en noviembre de 1992, el llamamiento —publicado en el periódico *il manifesto* y en el semanario *Cuore*— que denunciaba las condiciones de vida al límite de la supervivencia en un campamento del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en Karlovac, Croacia. Un viejo cuartel, repleto de refugiados. Atestado. Y donde a menudo se producían suicidios y a donde llegaban constantemente desplazados del norte de Bosnia. Decidió entonces participar en las actividades del Comité de Acogida de Refugiados de la Antigua Yugoslavia, el cual ayudó a fundar en Turín. Una experiencia única y valiente, con ese grado de locura idealista del que no puede prescindirse cuando se desea tomar una posición activa, pero también con una organización pragmática que salvó la vida a más de quinientas personas sacándolas del otro lado de la frontera, arrastrando la guerra a casa, haciendo añicos nuestros lugares comunes y colocándonos frente a nuestras contradicciones. **“Convivir —decía Luca— significaba exponerse al deber de comprender. Y a la posibilidad de no ser comprendidos.”**

La experiencia del socorro a los refugiados de la antigua Yugoslavia sigue hablando al mundo de hoy de manera explosiva. En tiempos en los que el tema de la acogida se ha convertido en tabú. En el que renacen los muros y las fronteras vuelven a militarizarse también en la llamada ruta de los Balcanes para ahuyentar a los que llegan de otra tierra ajena que ahora lleva el nombre de Siria o Afganistán. **Habla a nuestro mundo, donde el derecho de asilo ha alcanzado su “mínimum humanitario”,** lo que equivale a su negación: criminalizado o incluso “deportado” a las costas libias. Un vaciamiento jurídico trascendental que Rastello fotografió en su libro más reciente, *La frontiera adosso* (Laterza, 2010).

Luca se sumergía en las historias hasta alcanzar sus recovecos más ocultos, en busca

de respuestas a preguntas que nadie o casi nadie se planteaba. Pero no quería ser considerado especialista en nada. Con el paso de los años, si le preguntabas por esas guerras de los años noventa, era más fácil que te respondiera con alguna ocurrencia de despiste en lugar de exhibir su profundo conocimiento de los hechos o mucho menos de evocar una experiencia sufrida. Tal vez por lo que llamaba, junto con su mujer Monica Bardi, el “síndrome del trabajador quemado”, en clave bosnia. Después de años de vida junto a los refugiados en la casa de montaña que se había convertido en su hogar afirmaba no poder soportar más el olor del *burek* o el sabor dulzón del baklava y explicaba entre risas que “me aqueja el síndrome del quemado en clave bosnia”. Una broma que no era un melindre sino una manera propia de dar voz al cansancio, a la dificultad de afrontar una tarea tan ardua. A fin de cuentas, le gustaba “la imagen del esquimal sorprendido por la primavera en medio del hielo, que se salva saltando continuamente de un trozo de hielo al otro. Cada vez que una acción política se osifica en una identidad virtuosa es hora de abandonarla, porque limita la posibilidad de acción y tiende a la autodefensa, inmovilizando su objetivo en la imagen que tiene de sí misma, evitando así confrontarla con sus contradicciones”, escribió para *Jugoschegge* (obra colectiva publicada por Infinito Edizioni en 2011).

Evitando convertirse en especialista (o, como él mismo decía, en “balcanólogo”, dado que dominaba el serbocroata), en cada uno de sus libros tuvo el coraje de permanecer en las fronteras, como Alessandro Leogrande. Intérpretes destacados ambos de la literatura de no ficción, que compartieron además un mismo destino, puesto que murieron demasiado pronto, con dos años de diferencia uno del otro. Para Leogrande las fronteras cambian, sin permanecer nunca fijas: “Europa se está expandiendo y sus puntos de entrada se ensanchan. Estallan guerras, caen dictaduras, explotan áreas enteras del mundo y se abren nuevas vías de pasaje. Vías que a su vez crean un mundo, una particular empresa fronteriza que define sus reglas y papeles dentro de ella. Son, a todos los efectos, puertos francos. Pero estos también cambian con el tiempo y los reemplazan otros puertos francos”. Nada de “puertos cerrados”.

[...]

La guerra en casa abarca momentos trágicos: desde Vukovar a los campos de concentración, que reaparecían en Europa tras la Segunda Guerra Mundial, y a los viajes de voluntarios para llevar refugiados a Italia; de la muerte de Moreno Locatelli a la masacre en la vía de los diamantes, hasta llegar al oprobio de Srebrenica, donde a la violencia genocida de las fuerzas serbobosnias de Ratko Mladić se unió la actitud culpable de los “ángeles”, las fuerzas de la ONU, supuestamente destinadas a proteger a la población del enclave musulmán, pero que no lo hicieron. Entonces, como tal vez hoy (dados los numerosos episodios de grave intolerancia racial), no habíamos prestado atención suficiente a las palabras de Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*: “**Ha sucedido, podría volver a suceder**”.

Pocos días antes de la culminación de la masacre de Srebrenica, el 3 de julio de 1995, se suicidó Alexander Langer, quien, con tan doloroso compromiso se había interesado de manera asidua por Bosnia. Pacifista, ambientalista del Tirol del Sur, parlamentario europeo, Langer, en su *Tentativo di decalogo per la convivenza interetnica* (2014) —en el que “se reconocerán especialmente los hijos de inmigrantes, los hijos de familias mixtas, las personas de formación más pluralista y cosmopolita”—, defendía “la importancia de los mediadores, constructores de puentes, saltadores de muros, exploradores de frontera”. La importancia de alguien capaz de superar fronteras en sentido físico y mental: “Actividades que tal vez en situaciones de conflicto puedan parecerse al contrabando, pero que resultan decisivas para suavizar las rigideces, relativizar las fronteras, favorecer la integración”. **Luca Rastello, con su pensamiento afilado y sorprendente, fue a su manera exactamente eso: “un saltador de muros”, Un hombre de frontera sin fronteras.»**